

Lenguaraz

año 1 número 2 primavera 2005

\$15.00

literatura
para no leer



En la Temporada 2005 de Canal 22...



CONACULTA

LA DICHOSA PALABRA

La charla entre expertos del lenguaje invita a sumarse a esta reunión donde se comparten conocimientos y experiencias, generando un interesante aprendizaje.

Con Laura García, Nicolás Alvarado, Eduardo Casar, Pablo Boullosa y Germán Ortega.

Sábados a las 9 de la noche.

VE MÁS ALLÁ





no leas, escribe lenguaraz@lenguraz.com no veas, dibuja

sugerencias

año 1 número 2 primavera 2005

6169
el ocote

7.....Incendio

DANIEL DAOU

6169
princesas
y dragones

8.....Varios

REBECA STEINBERG

20.....La torre

LAIA JUFRESA

6169
reconocerse

12.....Ergo

FELIPE DÁVALOS

6169
limpiar el
espejo

13.....Otro paréntesis: A la deriva o deconstrucción

FELIPE DÁVALOS

30.....Un Romance, por ejemplo

FELIPE GÓMEZ ANTÚNEZ

6169
el último
modelo

16.....Sobre la limpieza en los poetas

FELIPE DÁVALOS

18.....Bocanada de libertad

FELIPE DÁVALOS

6169
comerse
los mocos

26.....Insomniac thinking of life

Insomne pensando en la vida

XIMENA ATRISTAIN López

6169
mañana

28.....Profecías sobre un mundo
eternamente pospuesto

I AM

6169
boladores

4

6169
caminar la
revista

32

6169
hacer buches

31



Lenguaraz
www.lenguaraz.com

Dirección

Lola Díaz Barriga

Dirección Administrativa

Jesús Contreras Martínez

Edición

Somos tres

Dirección artística y diseño

Astrid Stopen y Don Dani

Consejo editorial

Felipe Gómez Antúnez, Eduardo Ávalos Vélez, José
Javier Ludlow Echeverría, Lola Díaz Barriga y María
Paula Martínez Jáuregui Lorda

Difusión

Jorge Dávila Galindo y Alberto Moreno

Agradecemos el apoyo de

Federico Fricke

Consejo Consultivo

Carlos López, Mónica Peón, José Ignacio Echeverría
y Pedro Pablo Martínez

Registro en trámite. Cada texto es responsabilidad del
autor. Se prohíbe la reproducción total o parcial del
contenido sin previa autorización por escrito del editor.

paraboladores

de este número

DANIEL DAOU

Tras descubrir recientemente cómo dejar en blanco su apodo en messenger, vive feliz sin identidad, sin nombre, sin rostro.

pdaou@hotmail.com

FELIPE DÁVALOS

Quién es quién para decir qué sino el pájaro carpintero al que dios le dictó la creación.

gesesitodalimo@yahoo.com.mx

FELIPE GÓMEZ ANTÚNEZ

Cambia, en distintos locales, papeles con valor agregado por otros con tinta y sacrificio incluido. Juega futbol. Pudo haber nacido en cualquier momento (ninguno mejor que el contemporáneo). Pumas es un buen equipo, por ejemplo. Hablar cuando se pueda ilustrar.

yo_fela@yahoo.com.mx

I AM

IAM es un grupo OS¹ auto organizado que pretende ir un paso más allá de los talleres, despachos, oficinas, *clubs*, fábricas, *ateliers*, agencias, *studios*, colectivos o *think tanks*. Su funcionamiento es similar al de un grupo terrorista: cualquier individuo o grupo de individuos puede actuar en su nombre en cualquier momento sin pedir permiso o notificar a otros. Su estructura y sus reglas eliminan los costos de coordinación y maximizan la libertad de actuación de cada miembro/órgano/pieza/segmento/parte. Sus miembros se caracterizan por hablar siempre en plural mayestático.

¹ *Open Source, Operative System* u Organización Secreta, según convenga.

LAIA JUFRESA

Nació en la ciudad de México, donde, dos años después, le agarró el temblor. Luego vivió en Xalapa y en París. Actualmente ha vuelto a su ciudad natal para beneficio de su formación y malformación de sus vías respiratorias. Estudia filosofía en la UNAM y fue alumna de la Escuela Dinámica de Escritores.

laiaj@yahoo.com

REBECA STEINBERG

Vi mi primera luz en la oscuridad de una noche de verano, no lo recuerdo pero debió ser noche silenciosa, enamorada, famélica y clásica. Se dice que el día del nacimiento trae consigo el porvenir en una cajita de cristal y si tu día ha sido de lluvia, hartarás de lágrimas tus ojos.

moi_ave@yahoo.com

XIMENA ATRISTAIN LÓPEZ

Nada nuevo.

x_atristain@hotmail.com

Ilustraciones de este número:

RAÚL TRUJILLO

clement@radiocircuitointerior.com





In cen dio

DANIEL DAOU
(4.abr.2003)

En una calle muy estrecha una ventana estalla en un quinto piso a unos quince metros de altura.

En la planta baja hay una panadería. El panadero sale a la calle limpiándose las manos. Ve los vidrios rotos y luego voltea hacia arriba. Una nubecilla de humo negro comienza a condensarse a quince metros de altura.

Frente a la panadería hay una floristería. La dueña de la floristería sale a la calle con un par de orquídeas en la mano y unas tijeras. Una segunda ventana estalla. Las cortinas que colgaban detrás ahora arden fuera. Ahora arden fuera; ahora se han consumido completamente.

La tapa de la alcantarilla a mitad de la calle se levanta. Sale de la alcantarilla un hombre del servicio municipal de drenaje seguido de su compañero que carga una caja de herramientas. Ellos también voltean hacia arriba. Comienzan a dejarse ver las llamas dentro del edificio. El denso humo negro tiñe el muro sobre las ventanas.

Las llamas queman la pared del edificio de enfrente. Las cortinas detrás de una ventana abierta comienzan a humear.

Junto a la panadería hay una peluquería. Sale el peluquero. El calor hace vibrar el aire y, cuando se ve el cielo desde el fondo de la calle estrecha, parece que se ve el cielo desde el fondo de un estanque. Parecen todos renacuajos al fondo de un estanque.

El peluquero estrecha la mano del panadero y saluda con la cabeza a la dueña de la floristería. Un piso más arriba dos ventanas estallan violentamente. Las llamas ahora salen del edificio con fuerza. Dentro se escucha algo pesado desplomarse.

La dueña de la floristería entra un momento a la floristería; cuando vuelve a salir, no lleva ya consigo las dos orquídeas y las tijeras.

Las llamas queman la pared del edificio de enfrente. Las cortinas detrás de una ventana abierta comienzan a humear.

Dentro, una mujer con niño en brazos se apresura a cerrar la ventana. De la ventana de al lado asoma un hombre con espuma en la barba. Ve las llamas bravas del edificio de enfrente, ve la calle y saluda sacudiendo la mano en la que sujeta la navaja. Al poco, la mujer con niño en brazos ha salido a la calle. La dueña de la floristería, el panadero y el peluquero la voltean a ver. Los dos hombres del servicio municipal se limitan a asentir tocando sus cascos. Algo más se desploma dentro de edificio en llamas. Se puede ver arder el incendio dentro de los pisos más bajos. La nube de humo se vuelve aún más densa. Ya no se ve casi el cielo. El fuego termina por extenderse al edificio de enfrente. A la calle comienzan a caer objetos envueltos en llamas. Una gruesa viga cae sobre el panadero.

Los vecinos de ambos edificios han empezado a salir a la calle con maletas de viaje.

El peluquero y la dueña de la floristería voltean sus letreros de “abierto” y “pase ud.” y echan llave a sus puertas.

La procesión de gente marcha indistintamente calle arriba o calle abajo mientras el fuego se extiende hacia los edificios laterales y a los edificios de atrás que dan a otras calles.

Los hombres del servicio municipal entran uno después de otro en el ducto de la alcantarilla que se cierra justo cuando se desploman enteros los edificios envueltos en fuego obstruyendo la calle, enterrando bajo los escombros la alcantarilla. 



ANIEL TIENE UNA AFICIÓN POR LAS MIRADAS. Como casi no las cree en su imperfección, se dedica a coleccionarlas; las almacena secretamente, las clasifica en orden de aparición, en orden de importancia y las de su madre figuran siempre orgullosas.

Daniel

Daniel intenta atrapar con su cámara fotográfica el momento en que una mirada lo es y no se explica el por qué de los que miran y no dicen palabra como suele su propio padre.

Allá se lo ve, ocupado en sus labores taxonómicas, descifrando lo imposible, dibujando imposturas al silencio. Y se lo mira feliz, a Daniel.



S UNA PENA QUE LA LITERATURA LLEVE ESE NOMBRE tan en alto. Estoy segura que el problema con la tendencia de los críticos a referir los escritos a los espectros de los grandes nombres es sólo la confusión que despierta el llamar literatura a la literatura.

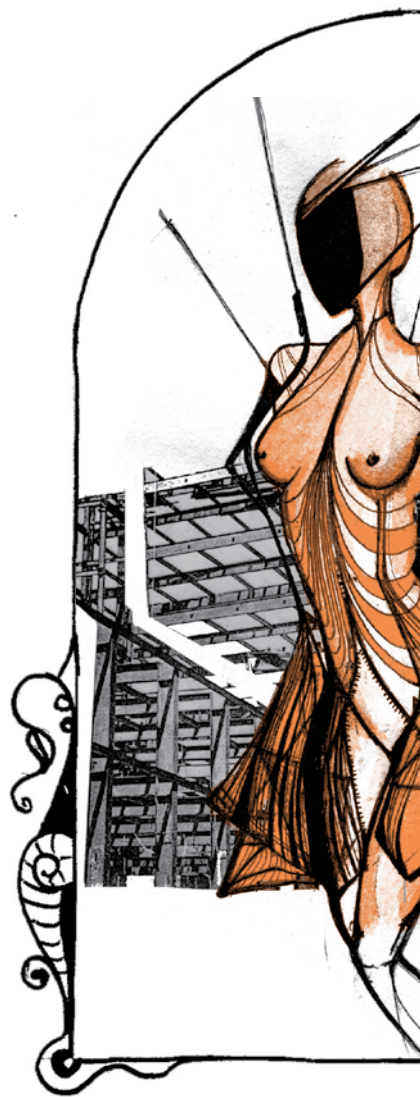
Sigo sosteniendo que la literatura que lo es, no se la encuentra ni se la mira, que se trata de lo que escapa a la palabra misma, aunque se valga de ella para hacerse desaparecer. Cuando se escribe, una sombra se torna de espaldas y el silencio es lo todo que tinta.

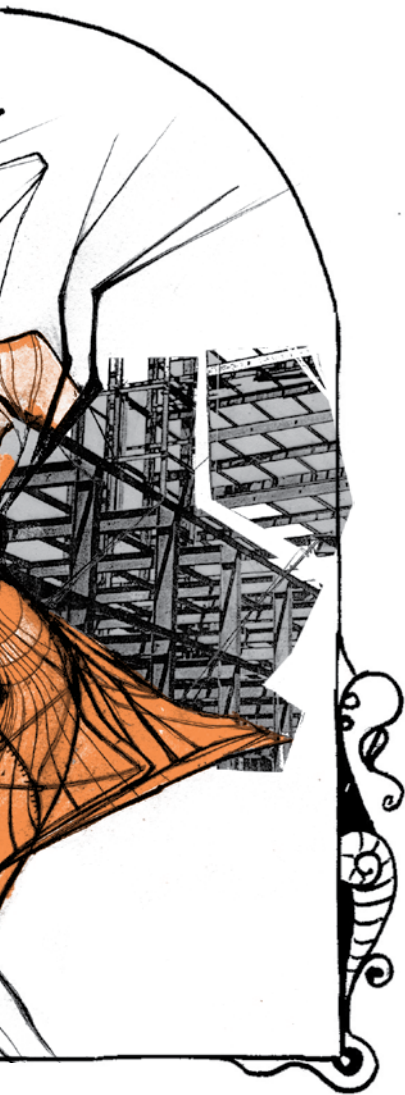
Crítica literaria

Una lástima cuando el escritor lo hace y su figura, que se vuelve viento helado, se obliga a la reducción aniquiladora de los clasificadores que intentan atrapar su verdad en la coincidencia de un par de letras que se les antojan Kafkianas, Carrollianas, Shakespeareanas o la amalgama ridícula de todas ellas, que a su vez obedecían –para los críticos- la escritura de Platón, Homero o Dios.

Lo mismo da. De cualquier apellido se pier-
de lo que habla, una vergüenza.

Mejor el grito que invoca el do-
lor de lo leído, la carcajada
efusiva o el silencio o
nada.





ENIENDO VEINTITRÉS AÑOS EN INVIERNO Y UN ENOJO vacilante contra Fabio, María Fernanda se fue a la cama. Ah, ese imbécil me las pagará, no descansaré hasta verlo de rodillas. Durmió.

Kahum

De madrugada un malestar en el bajo vientre la despertó: algo se movía dentro con lujuria y fuerza. Un nené-un nené.

Con toda delicadeza los dedos rozaron el nido acogedor que se preparaba para recibirlo, sintió un golpecito que reconoció filial y corrió al espejo para reconocerse ahora como madre, no más María Fernanda, sino madre. Casi temblando desvistió la ropa que le cubría y asomó entre las piernas fascinándose mujer.

Fue cuando resbaló una lágrima que sintió un fuerte ardor que le recorría desde los pies hasta la cabeza, viajaba una fiera hambrienta debajo de su piel y un dolor no muy despreciable le arrancaba suspiros y gemidos orgiásticos que rompían el silencio de la noche.

María Fernanda, realizada por la intoxicación de su cuerpo virginal, se miró mujer, se fue mujer e incontinida por la excitación que la bestia provocaba, se soltó al suelo que la recibía implorante; de ella y su saliva, el sudor, su placer, la vagina y los pechos erguidos, expectantes de una lengua que los acaricie sin desprecio, haciéndola estallar en carne y muerte. Ah, ah, cortada la respiración, entumecido el cuerpo para volver al origen, deseo de cortarlo todo, comerlo todo, romperlo todo, devorarse, Dios.

María Fernanda cogida, desflorada, leche de su hombre adentro que descorazonaba toda sospecha, un seguir que no hallaba palabras, un descaró femenino, la garantía del llamado a ser mujer.





RESULTABA YA MUY CANSADO ACEPTAR QUE SIEMPRE, detrás de la canilla activada, el inodoro gritara una sarta de quejas y chillidos insoportables que dejaban un saborcito en la boca de culpa y la sospecha de una fuerza poderosa que, responsable del sufrimiento sanitario, se ocultaba sigilosa a la espera del siguiente flush.

Retrato

Como era duro hacer hablar al retrete, acordamos agitar la palanca iniciadora en un intento de hacer fluir nuevamente su camino. El logro fue mediano.

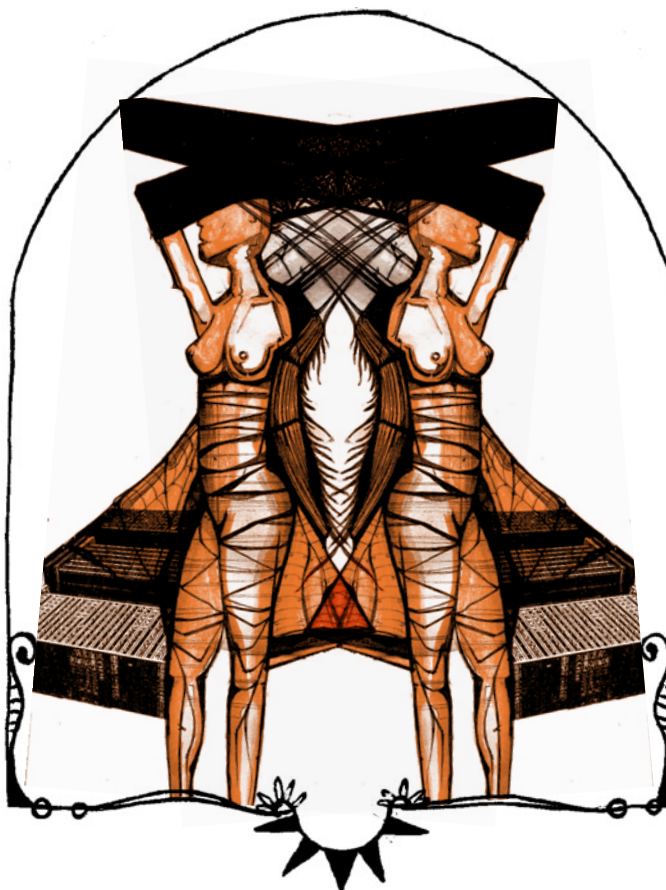
Hubo un día en que ya no fue posible seguir con la cobardía velada de ser la cómplice de un perverso fenómeno que ignoraba el sufrimiento del inodoro y el movimiento fue rápido e inteligente: abrí la tapa del retrete esperando hallar una simple fuga de agua, la rebelión de dos o tres burbujas o la común no respuesta que siempre deja una secuela de enigmas y adivinanzas científicas, pero en lugar de ello una pequeña sirena sonreía tímida desde la esquina más cercana. Una sirena rosada que dibujaba olas con la mirada y dejaba escapar un olor dulce como miel aunque mágico y espectral, el cabello más airado que vi en mi vida parecía flotar levemente como cansado y divino a la vez; el cuerpo de quien es mujer y las escamas brillantes como plata.

De mis labios no salió otra cosa sino un suspiro que la atrapaba entre redes de lujuria y desesperación, un querer tenerla entre mis manos insoportable, un te amo inexorable, un quédate a mi lado incallable.

Ella, halagada por las palpitaciones de mi vientre que la contenía callada y mujer, soltó de sí una melodía casi inaudible aunque deliciosa y exuberante que atravesó mi deseo de tenerla. Ella, la sirena mía, cantaba desde la tapa un silencio agudo que la dejaba inmóvil mientras yo me desvanecía de placer y dolor.

Traté de decirle que yo, que ella, que nosotras, pero nada sobrevino después sino mi piel cristalizada que mirándola cantar ya se convertía en sal, en deseo de mar, en piedra medusa, en lo que ella entendía convencida, arrebatada, significarse mujer.





UANDO MAIRA ESTÁ ENAMORADA NO SE detiene. Ningún sostén logra impedir que se resquebraje como una vasija antigua, que pierda la cordura, la voz, los tacones altos, la piel. Que se desmorone y se fragmente en centenares de cuerpos alados.

Maira va olvidando en cada paso que da, un trocito de sí misma: un huesito por aquí, el otro por allá, la sonrisa, los pies y así, cuando lo ha perdido todo y sólo le resta el nombre, alcanza a decir: Yo, Maira, estoy enamorada.



E r g o

Felipe Dávalos

El momento dador
—premonición errática mejora interior—
ya pronto marchita
y vuelve su cosecha a la molienda de los días,
frustradas horas que me devuelven al mundo constantemente.
Como Descartes, sintiendo la presencia de las cosas,
el milagro de las metálicas redes invisible,
sólo atinó a pensarse: soy y los grillos me distraen.

Con su bocanada de formal mareo,
todos los lapiceros que fumo
y las masticadas rimas tartamudo insomnio,
soportes,
hambre inocente de mil ojos nacientes

y el momento de expansión, sin media sonrisa,
único latido que como solar nacimiento
todo lo deriva.

Material idea nausea del piso,
seco golpe natural de la caída
dulce y mortal,
punzada floja.

Ya será de día mañana
y no prometo obstinación en mi empresa.
No cuento con la íntegra fórmula de la pelota
—mi redondo rebote no existe bueno—,
deforme por erguido,
ahora escribo
y debo ser oruga porque existo.

Otro paréntesis: a la deriva o deconstrucción

Felipe Dávalos

Eu nada sei do Mar, mas o Poema o supre
HAROLDO DE CAMPOS



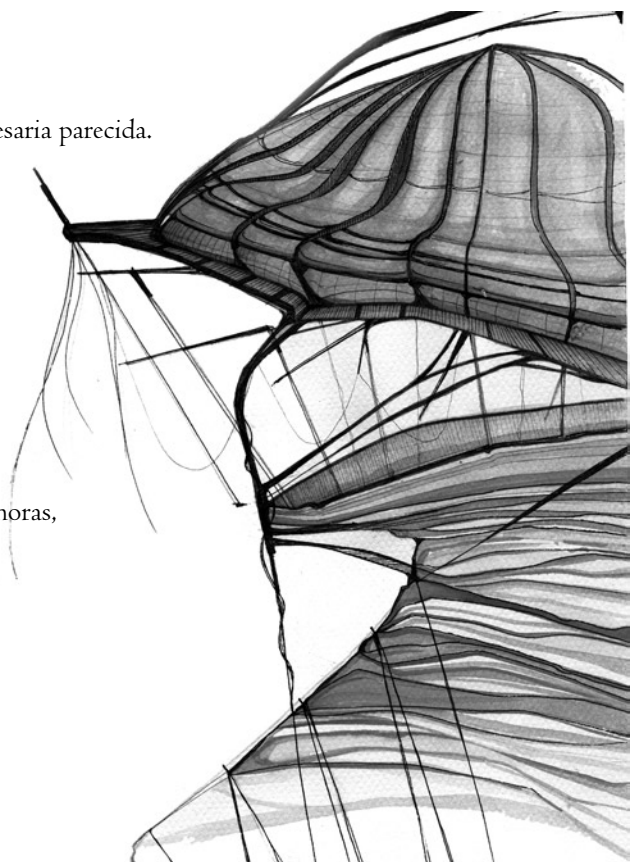
UNO

Luego penetran pensamientos inaccesibles,
nacen del pecho llamadas sirenas
y son la colita inquieta de nenúfar encarnado,
genocida pulmón canceroso,
nociones perdidas en el ritmo de la marea.
Timonel palurdo consabido náufrago
con los volantines sometidos
y erudición del tedio iniciado,
tirano en cubierta,
halcón domesticado,
mantengo el curso sin dejar huella,
pensador distraído conciente de las estrellas.
La canallada sería que Dios no muera ciego,
sus frutos ya podridos huérfanos
serían prueba:
la experiencia fracasada,
las cosas vivas despojadas de su inútil utilidad,
movimiento negado.
Dios es lumbricus terrestris,
no tiene pretensiones,
imposible:
su mancha se proyecta setenta veces siete
por su Universo,
perrito marcador territorial pipisero,
y sin embargo sólo idea.

Y ya los hijos de ballena surcan
el vasto reino,
antes aturdidos para aparentarse fuera de ellos mismos,
desdoblados por sofía ingerida,
¿qué les depara el hado en diálogo encantado?
La pitonisa reencarna,
diferentes formas recurren a su llamado
y éstos ya gritan en regocijo la travesía,
travesía cíclica —que es lo verdadero—
regeneradora del tiempo marino:
velocidad sin duración.
¿Serán reconocidos antes o los regalos
confesarán la súplica?
pues sólo de esto depende el equilibrio
de las sutiles corrientes comprobadas antropófagas,
del monzón respetado y como mi gaviero
haya descansado,
su visión concentrada y los látigos
merecidos de elefantes niñas.
Plenilunio a medias llorón,
casa de playa,
autómata canción tarareada
por horas,
Únicas Matronas
hijas de la luna fiel amiga,
telaraña hembra determinación otra necesaria parecida.

DOS

Decir horas es hablar de la muerte,
llevar al oráculo a su dimensión exacta
de ruina arqueológica;
decir orquídea está más allá de las horas,
decir olmo galaxia dentro ola,
no fatal horizonte posterior mango
sino inocencia del ombligo culpa de las horas,
horas culpa de la empresa majestuosa e
inspiración del vate,
provocado elixir o destino humano.



TRES

Tararear una muerte
que no sea aprendido discurso,
envalentonada letra cascada corrección de estilo;
conformarse con el borrador tácito de pregones bobalicones ya paja,
escribirme por compromiso,
sin querer hacerlo,
con la finalidad hecha nudo,
con el ancla echada siempre,
sin la premisa mortuoria explicada,

toc-toc,

cantar la canción vivaz ceguera
que le devuelve espejo a la piel,
ramas a la existencia frondosa
y el Más Fino Pincel trazando oblongo al universo,
universo palma intuitiva que tarareado
resulta
isla siempre palabra,
desdicha de los humanos:

CUATRO

[Conversar construye y destruye,
escribir sólo habla, sólo nombra,
también descubre y crea
y deriva,
pero no escucha, no recuerda;
imita, accidente evolutivo de hermosa pacotilla,
solución locutiva: amabilísima perogrullada existencial.]
Yo no tengo proa ni popa ni viento,
yo tengo poemas para ser leídos o no,
poemas desahuciados al fin leídos para
no ser,
yo no tengo babor ni estribor,
sólo escamas,
sólo deriva,
solo
a la deriva.





Sobre la limpieza en los poetas

Felipe Dávalos

Javier es Jabón por nombre propio.

Gozoso en el grito seguido de gemidos breves

del agua cayente,

Jabón enjabonado es estatua que al fin tose.

En su faldellín perfectible la cosa ortográfica:

cada gotita es un espasmo, él sube,

y los oídos mienten,

el olor no habla,

olor del aséptico jabón reinención de la costumbre

suspirada,

contenido laberinto:

—no hay lugar más creativo que el baño, todos lo saben—

enjabonarse de poesía y salir lustroso a la calle.

Bocanada

Ritual de sacrificio –Tony al piano sonríe.

Un cono al centro de la estancia

hecho de derivados de lava seca y hienas coloreadas (a manera de ornamento sacro).

No hay repetición.

El sentido se pierde.

Una discontinua mujer forzosamente es la que da la pauta con sonrisa presumida,

sus cabellos largos color jade imperial dispersos por la mayor parte del suelo,

gatos y hombres necios se enredan con su olor y el encanto demencial.

Crece una robótica especialización de sentimientos, incluso una actitud positiva.

Contradicción intrínseca a la ambivalencia requerida.

Vestido a la usanza oriental, el niño ojos de vaca equivoca la primera nota

enseñando la dentadura amarillenta

pero no se mezcla con los gatos ni con los hombres ni escucha (imposible) el ritmo que crea.

Renueva el rito con el dorso excesivamente recto

–inocente invocación del Universo interpretado.

Al reverso de la verdad llora lágrimas que no son

y cabecea porque es tarde y él, pequeño,

no acostumbra hablar con los mayores en las noches.

Prefiere el pequeño dragón que juega con el pentagrama

y chupar los cigarrillos que roba al padre

–bocanadas que marean.

Sin embargo, embelesa a glotones y borrachas sociales.

Ellos sí pueden, piensa al comprender la circunstancia siempre injusta.

de libertad

Felipe Dávalos

Chupadores de humo. Quien fuera.
Y su cadencia no imita.
Por cada tecla apretujada un virtuosismo hasta lo cometa. Por cada nota, un enamorado.
Conquista el cono y lo destruye sin mirar:
suda nervioso por la culpa.
No sabe que al crear sacrifica y viceversa.
Controla el cosmos. Hipnosis. No más de un segundo.
Reconoce la voluntad.
Los cabellos se hacen lianas que son serpientes opulentas que se tragan a los gatos.
La mujer le guiña un ojo.
Ríen estridentes las hienas intermitentemente hasta volver amorfo el grabado.
Algunos gatos se salvan y él los sigue por el único pasillo regenerador.
Lo llevan a otro piano y al tocarlo sangra.
No importa y muere creador. Se completa el ritual. La vida puede seguir.
Los invitados al otro día despiertan inexplicablemente desnudos.
Encimados en abrazo prolijo, al descubrirse evitan cualquier contacto.
Sin palabra se visten y retiran.
Él, pequeño,
duerme inerte en la otra estancia con sonrisa ecuánime
mientras los gatos (prestidigitadores) lamen sus dedos y las teclas,
indistintamente ensangrentados, cual cuervos.
Los sirvientes limpian todo y tiran las sobras.
La mujer nunca existió.

La torre

Laia Jufresa

Para llegar al castillo

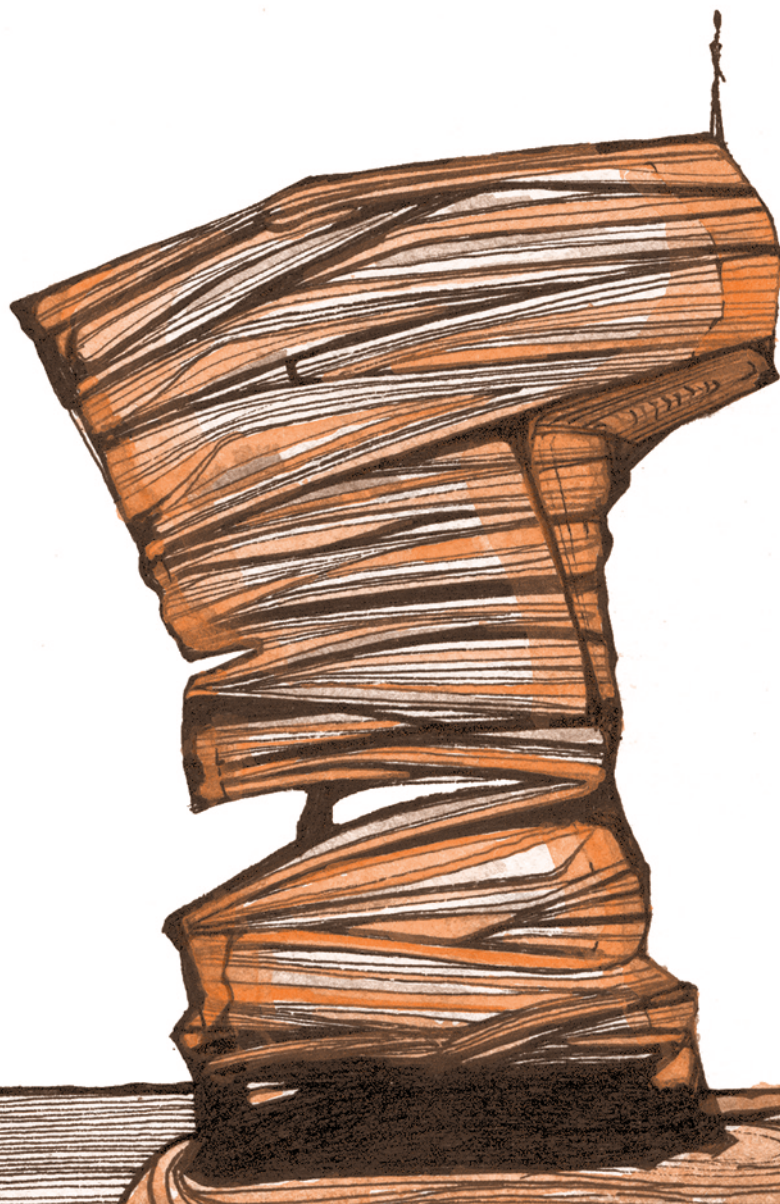
Para quedarse callados

Para salvar al penado

Para recuperarlo

20

para princesas y dragones ✧



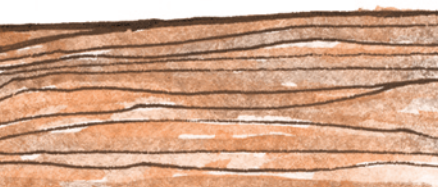
Ayer vi a Maura en un café al que nunca habíamos ido. Desde la invitación pude percibir que sería una charla seria, del tipo “final”. La vi llegar de lejos, me vio sentado en mi esquina y se sentó con ese gesto típico de quien quiere demostrar que puede ser contundente. Casi no me sorprendí cuando tras unos cigarros, algunas miradas furtivas y una frase ensayada se fue, y supe que era un final de esos “para siempre”. Ya alguien me había dejado así, aunque aquella vez sin reproche, con la misma frase: “Siempre estás escondiéndote”. Y pude no ahogarme en su partida, en la de Maura, porque había en la mesa una pluma que voluntariamente se prestó a hundirse conmigo, en el recuerdo del lago, con mi memoria libre de lagunas.



Al fondo del lago había una piedra gigante que podías tocar sumergiéndote algunos metros: tenía una textura resbalosa, de musgo y magia. Nuestro juego predilecto era explorarla. Le habíamos dado el mote de “el castillo”, y ahí sucedían todas nuestras hazañas. Aun cuando éstas eran planeadas lejos del lago, cualquier maligno personaje o guerra sin tregua, tenía al castillo por escenario. Cuando lo visitábamos ya sabíamos qué clase de monstruo tendríamos que derribar allá abajo, cuáles serían sus ardides, cuántos sus tentáculos, cuál la cura contra su veneno. Y nadábamos a su alrededor armados con una estrategia perfeccionada días atrás.

Para llegar al castillo nos aventábamos desde otra roca, que llamábamos la torre. Ésta no yacía bajo el agua sino a la orilla del lago y sus orificios permanecían secos y rasposos. Se podía trepar a la torre por su lomo. Con una experiencia como la nuestra, tomaba unos escasos segundos llegar hasta arriba. Luego, en un instante, caíamos. Nunca gritábamos: habíamos aprendido a gozar el silbido del viento en vertical, que al caer cortábamos con nuestro cuerpo y nuestro espanto. Tenías que aventarte muy derecho desde la torre, pues a corta distancia estaba el castillo, y si caías sobre él, si el aire te empujaba, si no te mantenías bien recto con los brazos pegados al cuerpo, corrías el riesgo de partirte una pierna con la punta del palacio. Nunca nos sucedió porque nunca le perdimos el miedo, siempre libramos la caída, incluso cuando comenzamos a lanzarnos en simultáneo. Tres hojas al viento.

Había otra razón para quedarse callados: las criaturas con las que pelearíamos, los llamados “driptófaros” (seres viscosos, transparentes e innegablemente crueles), no se espantaban con el ruido de un cuerpo penetrando el agua, pero eran increíblemente sensibles a la voz humana.



A veces, cuando el frío era demasiado, nos sentábamos en lo más alto de la torre, único lugar donde pegaba algo de sol. Después de más o menos una hora, empezaba el conteo. Contábamos las nuevas pecas en la cara de Ríos. Tanto tiempo después, y con la conciencia adquirida de la rapidez de las cosas, aún me parece sorprendente la velocidad con la que nuevas manchas aparecían en su rostro, con tan sólo una hora de sol.

Éramos tres: “Ríos”, Lucio, “Blu”. Ríos era un humano con piel de papel, susceptible a la luz y los golpes. Un niño frágil, ahora que lo pienso, pero temerario. Una lengua atrevida que solía meternos en problemas por su poco reparo antes de romper cualquier regla. Lucio era más callado, un loco por la naturaleza. Conocía el nombre de las plantas y las peculiaridades de casi cualquier insecto. O las inventaba, no lo sé. Él y yo habíamos crecido juntos y llevábamos años yendo al lago. El día que conocimos a Ríos, inmediatamente lo invitamos a nadar y él preguntó ¿al río ese? ¿nadan ahí? Lucio indignose ante tal ofensa: lo nuestro era un lago, era la misma agua en la que nos bañábamos desde siempre, no había fluctuaciones ni cambio. A Ríos la lección le quedó clara desde el inicio, pero del apodo nunca pudo deshacerse. Y el tercero era yo, yo que ahora soy David, el mismo que se esconde y no conserva ni una novia ni un departamento, pero que entonces sólo era un flaco desgarbado y solitario, de ojos ya entonces azules. Me decían Blu porque así me había nombrado la madre de Lucio, desde el día en que abrí por primera vez la mirada, la misma que nunca he sabido cerrar, que va por ahí con su cauce propio, dudándolo todo.

A veces alguno de los tres cometía un error, decía algo en voz alta dentro del agua, por ejemplo, y sucedía que caía prisionero de los ejércitos acuáticos que habían invadido el castillo. Y entonces había que rescatarlo. Lucio sabía las claves secretas para sacarnos del calabozo, pero no podía decirlas o se quedaría al instante inmovilizado, hundiéndose y muriendo ahogado al fondo del lago. Entonces las dibujaba con una vara, en la arena negra de la orilla del lago, y había que descifrarlas para salvar al penado. No recuerdo qué hacíamos si Lucio era el encarcelado, pues ni Ríos ni yo conocíamos las claves.

Un día a Ríos le picó algún bicho, no se aguantó las ganas de quejarse con alaridos y cayó preso. Para recuperarlo, Lucio y yo corrimos a la orilla a descifrar la clave. Recuerdo claramente la escena: él pensó durante unos instantes, con su ritual aquel para invocar las claves, y luego con una ramita escribió en la tierra el código. Espiral

equis dos, leí confundido. Pero muy pronto entendí. Confieso, aunque nunca quise aceptarlo, que era una clave fácil: por esos días Lucio mostraba una clara obsesión por aquel animal. Sin embargo yo me vanaglorié durante días: nunca nadie había resuelto tan rápido un acertijo. Triunfante declaré “caracol, caracol” y Lucio tuvo que asentir sorprendido, y Ríos... ¿y Ríos? No estaba bajo el árbol que hacía las veces de cárcel, no se le veía por ninguna parte. De repente lo oímos gritar: estaba en la torre llamándonos. Corrimos hacia él y cuando llegamos nos dijo “había alguien aquí, les juro que alguien estaba aquí sentado”. Entonces lo vimos, ya abajo: un tipo barbudo, que nos pareció un anciano, nos saludaba con gesto de “ahora que logré bajar ya están arriba de nuevo”. Y bajamos. Bajamos por curiosidad, pues en tanto tiempo de lago nadie nunca nos había visitado.

Se llamaba Ernesto. O no se llamaba Ernesto, según nos dijo, pero podíamos llamarlo así, porque a pesar de ser un nombre choteado, tenía cierta “importancia”. Algún día entenderán. Lo primero que nos dijo fue eso, lo segundo fue: “¿No les parece que ya están huevoncitos como para andar nadando así, con sus gracias al aire?”. Lo tercero y lo que siguió (una disertación típica de Ríos, sobre la provincia, la juventud, la libertad de nadar encuerados), no puedo recordarlo con certeza, porque no le puse atención. Porque así de pronto me golpeó de frente, mi desnudez. Se dejó caer en clavado, desde la torre de la obriedad, este nuevo dato: quizás sería tiempo de esconder aquello con algo.

Cuando dejé de pensar en lo del taparrabos, hallábanse los otros enfrascados en una animada plática. O, más precisamente, dos oían atentos y entusiasmados la plática unilateral del tercero. Quise incorporarme y lo que entendí —aunque posiblemente aquí se sumen informaciones que obtuve más tarde de mis amigos— fue que Ernesto estaba huyendo de algo. Una guerrilla, decía él. Una libertad que nada tiene que ver con la ropa. Su discurso era más bien críptico, un monólogo atorado en la garganta que surgía a borbotones sedientos, para un público que, casualmente, lo encontraba interesantísimo. Hacía esto: alzaba los dedos, con ellos abría comillas y decía alguna palabra o frase que le causaba muchísima gracia. Luego notaba que no habíamos entendido, no teníamos ni idea de a quién citaba, y entonces decía, con el mismo resoplido siempre, “algún día entenderán”.

Ernesto se quedó a vivir ahí mismo, a la orilla del lago. Le llevábamos comida, agua y libros robados. Ríos era el más entusiasmado y se encargaba de asegurarse que Lucio y yo no fuésemos a contarle

a nadie nada sobre nuestro guerrillero. Lucio estaba lleno de preguntas, quería saberlo todo sobre la selva. Yo sin embargo, me aburrí pronto del nuevo juego. Dejamos poco a poco de pensar en el castillo y cada vez con más frecuencia me encontraba solo sobre la torre, esperando a los otros que no subían nunca porque allá abajo estaba Ernesto, contándoles alguna misteriosa anécdota sobre escondites, armas, hambre. Y me quedaba horas en el pico aquel, al sol, oyendo desde lejos la historia, sin pecas que contar, sin peligrosas criaturas que combatir, acompañándome sólo mi recién adquirido traje de baño. Era amarillo. Había sido de mi hermano, me quedaba pequeñísimo y Ríos me decía que era una tanga. Me enfadaba pero era innegable: ya no podría jamás nadar desnudo. Y ahora desentonaba. Porque incluso Ernesto nadaba desnudo, como si no hubiese sido él quien con su comentario y su llegada, lo había arruinado todo. Ya no había silencio en el lago, me sentía indignado. Un día comencé a explicarle a Ernesto que tendría que hablar más quedo o despertaría al rey de los driptófaros y caería preso, pero Ríos me calló de un codazo, y Lucio no dijo nada.

El día que Ernesto al fin se marchó me dio un abrazo. Algún día, David, vas a entender la suerte que tienes de poder esconderte por el mero gusto de saber que nadie te está buscando.

Hoy sigo así: escondiéndome en las esquinas o en las alturas. Desentono casi siempre. Y aún prefiero el silencio a las buenas anécdotas. ✨

PEDIDOS QUE INSPIRARON ESTE CUENTO

Eduardo: Un guerrillero retirado

Javo: Un niño con traje de baño amarillo

Felipe: Caracol, caracol

Jorge: Niño con pecas, niño de ojos azules

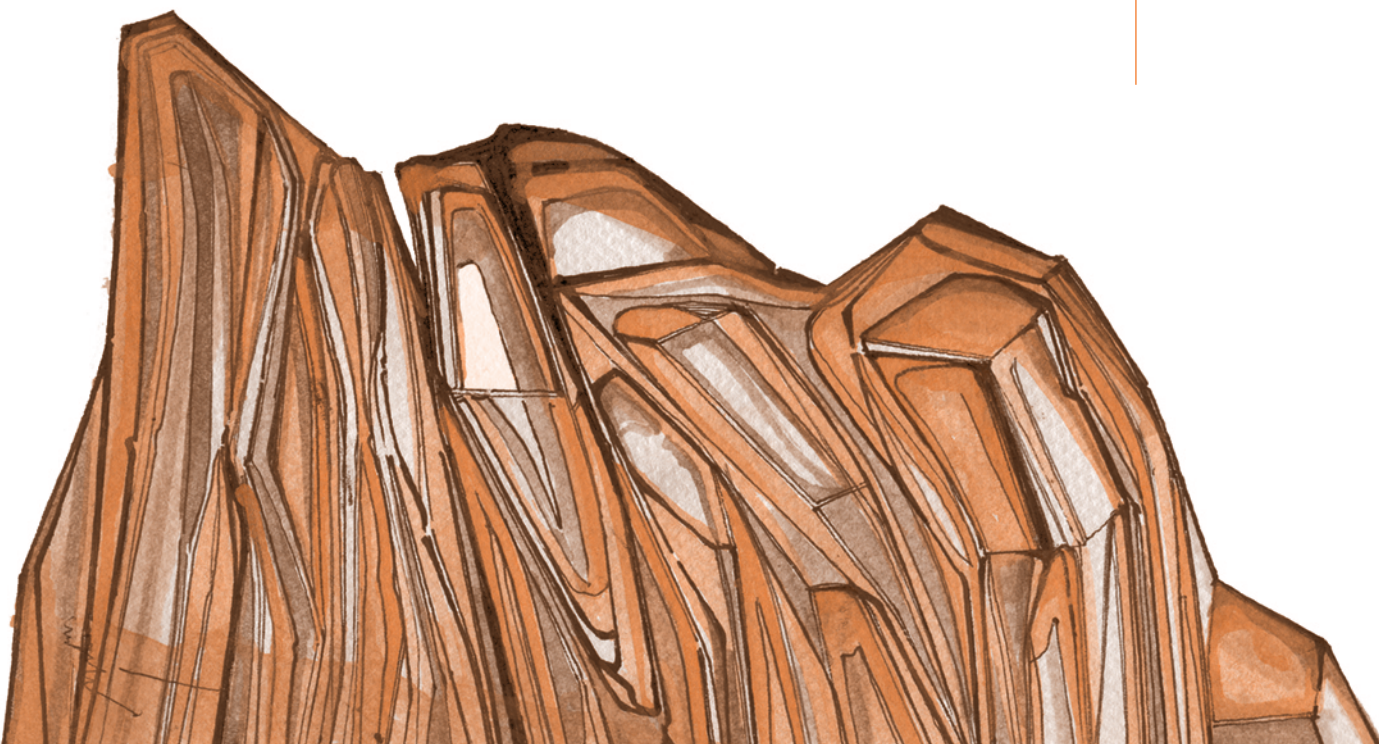
CUENTOS POR PEDIDO, INSTRUCCIONES DE USO

1. Recuerde un lugar, una frase o algún personaje del que siempre haya deseado un cuento. Si no lo logra, invéntelo; si así tampoco, pídale prestado.

2. Envíelo a jufresacpp@yahoo.com con el título de "Pedido".

3. Espere mientras la autora mezcla cuidadosamente.

4. Lea su cuento recién salido del horno.



Radio Circuito Interior

FUTURE JAZZ NU CUMBIA BROKENBEAT HIPHOP D&B ETC

Sesiones de música contemporánea desde
el Sur de la Ciudad de México

www.radiocircuitointerior.com

SERVICIOS

DISEÑO PARA IMPRESOS
DISEÑO WEB
IDENTIDAD CORPORATIVA

TRABAJO DE PRODUCCIÓN

RETOQUE DE IMAGENES
TRADUCCIONES [INGLÉS-ESPAÑOL]
SERIGRAFIA Y EMBORDADO
PARA CAMISETAS/PLAYERAS

PARA MAS INFORMACIÓN

WEB: www.darodesign.cjb.net

MAIL: info@darodesign.cjb.net

MSN: sombra_28@hotmail.com

EL HALLAZGO
Librería de viejo



Mazatlán #30 col. Condesa

Callejón de Veyna 113-A
Centro Zacatecas, Zac.

Tel: 52 11 63 93
52 11 68 54

I can see the glim of lamp street light
Gliding through the brim of the door.
The particular noises of this house
Are familiar to me now;
At three the cars stop passing by,
Every now and then a lost one.

(You'll hear it go by)

Three pills, one cigarette, one cup:
Yes I'm still awake. Cannot stop
The motor of these brains.

I still don't understand what I keep
Waiting for?

(In the middle of these endless nights, in the middle of this endless bed)

Is it maybe for that one day,
When the first sun light ray
Will pull me out of bed,
Throw me smiling
To the streets, more than awake,
Thinking of simple some-things to be
Transiently thankful for?

Insomniac Thinking of Life

Ximena Atristain López

Puedo ver el brillo de la luz de la calle
deslizarse por el filo de la puerta.
Los ruidos particulares de esta casa
me son ahora familiares;
a las tres los coches dejan de pasar,
cada tanto uno perdido.

(lo vas a oír pasar)

Tres pastas, un tabaco, una taza:
sí, sigo despierto. No puedo parar
el motor de estos sesos.

¿Todavía no entiendo qué es lo que
espero?

(en medio de estas noches infinitas, en medio de esta cama interminable)

¿Será tal vez por ese día,
cuando el primer rayo de sol
me saque de la cama,
me tire sonriendo
a la calle, más que despierto,
pensando en simples ciertas cosas por las que estar
transitoriamente agradecido?

Insomne pensando en la vida

Traducción: Felipe Gómez Antúnez

Profecías sobre

I AM

The world is getting better s-l-o-w-l-y

JOHN CAGE

L' Apocalypse est passée¹

Escribo sobre esto porque me da la impresión que hace falta una revisión al tema del Apocalipsis. El año 2000 pasó y ninguno de los oscuros vaticinios tuvo lugar (por lo menos no tan espectacularmente como se esperaba). Ni meteoritos, ni jinetes, ni colapsos informáticos aderezaron los festejos en todo el mundo. Y de repente la humanidad dejó de lado el tema sin siquiera haberse dado un suspiro de alivio global (como si en el fondo nadie nunca se hubiera creído esos cuentos). Fue el fin de las lucrativas reimpresiones de los libros de profecías y la venta de pases al paraíso o actualizaciones de software contra el Y2K. Dejó de ser el tema favorito de los medios como lo dejó de ser el tsunami en Asia en cuanto el Papa fue hospitalizado. En pocas palabras, ser apocalíptico es *passé*. Ya no está de moda. Pero, ¿está de moda lo contrario: el optimismo por el futuro próximo? Aún no, pero mi apuesta es que muy pronto sí.

El mundo no se está yendo por un tubo, de hecho, cada vez está mejor que antes y nunca había estado tan bien como hoy. Esta sentencia es válida se lea el día que se lea. Si de entrada pudiera parecer infantilmente optimista, creo que es debido a la deficiente divulgación de las buenas noticias.

Jeffrey Sachs, director del *Earth Institute* de la Universidad de Columbia, ha dicho que “no es descabellado para nosotros pensar en tener a nuestro alcance, por primera vez en la historia del mundo, la oportunidad de terminar con la pobreza extrema en una sola generación. Eso es lo que los números muestran”. ¿Qué números? En una entrevista reciente, Sachs comentaba que durante el año (2000-2001) que tuvo oportunidad de encabezar la Comisión de Macroeconomía de la Organización Mundial de la Salud, se llevó a cabo un estudio muy detallado sobre lo que costaría encargarse de los enemigos clave: el sida, la tuberculosis, enfermedades para las que ya existen vacunas, infecciones respiratorias en niños, cólera, y demás. Lo que encontraron fue que si restas lo que los países pobres ya gastan hoy en salud y restas además un aumento plausible en los presupuestos de salud por parte de esos países, el déficit total (que sería pagado por los países ricos) ascendería a unos 25 mil millones de dólares al año. Parece un número grande, pero en Irak y en Afganistán se han gastado ya 87 mil millones y se dejaron de percibir 250 mil millones por recortes en impuestos de la administración de Bush.

1 Extractos de *Massive Change* de Bruce Mau y el Institute without Boundaries. Phaidon 2004.

un mundo eternamente **pospuesto**

En realidad, 25 mil millones de dólares anuales no es mucho tomando en cuenta que el ingreso total de los países ricos del mundo es de 25 billones. Es decir, lo requerido para lanzar un ataque serio a las enfermedades mortales en los países pobres es una milésima parte de del ingreso de los países ricos: diez centavos de cada cien dólares. Esto apenas sería notado por las economías de dichos países, pero sería un mundo de diferencia en los países más necesitados.

Desde hace casi 200 años ha habido una reducción constante en el porcentaje de la población mundial que vive con menos de un dólar al día, de 85% en 1820 a menos del 5% hoy. Durante los últimos 20 años, no obstante un incremento en la población mundial de 1,600 millones, por primera vez en la historia el número de personas viviendo en la pobreza ha caído 200 millones.

Arnold Toynbee alguna vez dijo que el siglo XX sería recordado por futuras generaciones no como una era de conflictos políticos o invenciones técnicas, sino como una edad en la que la sociedad humana se atrevió a pensar en el bienestar de toda la humanidad como un objetivo práctico. Es importante esta afirmación sobre todo porque se refiere al bienestar de la raza humana no como una ambición utópica, sino como un objetivo práctico.

Pero ser optimistas no es ser realistas. Durante la administración de Clinton 150 mil millones fueron destinados al orden militar. Durante la pasada administración de Bush, se triplicó esa cifra. ¿Cuánto dedicó la misma administración a luchar contra la pobreza? Escasos 13 mil millones. Estados Unidos, Canadá, Europa del Oeste, Japón, Australia y Nueva Zelanda prometieron dar el 0.7% del total de su PIB (25 billones) a los pobres del mundo. Hasta el momento, 50 mil millones han sido entregados. En los atentados del once de septiembre murieron 3,000 personas. Diariamente, en África, mueren 10,000 de sida, tuberculosis y malaria.

Poseemos la capacidad de alcanzar la prosperidad global, pero nuestra atención parece estar enfocada donde no debiera. Colectivamente, debemos llegar a la conclusión de que nuestra ecología no tiene un exterior. Sólo hay una Tierra y todo en ella está cada vez más conectado. Cuando todo esté conectado con todo, para bien o para mal, todo contará. Sólo si se trata de prosperidad global podemos hablar de prosperidad verdadera y sólo podremos contar nuestra riqueza en paz cuando lo hagamos juntos.

Ahora que somos capaces de hacer **cualquier** cosa, ¿qué vamos a hacer? 

un romance, por ejemplo

Felipe Gómez Antúnez

me la encontré tirada,
con los proverbios de fuera,
escupiéndolos entre la baba,
como huesos salidos,
y le di un beso,
luego en el cachete,
luego en el brazo,
le limpiaba la lluvia de entre los dedos,
y ella no movía las ramas,
yo sólo pensaba en acariciarla,
y en lo bonito de encontrarse
la historia tirada en la calle:
una hoja en blanco, o llena,
o arrugada, en el próximo paso,
la próxima huella escrita
en tiempo distinto.





Al amor deberíamos llamarlo soledad,
ausencia,
ficción insoportable
pero inevitable.



A veces prefiero caminar que tomar el microbús o pedir un aventón. He notado que cuando voy a pie mis pensamientos fluyen al ritmo de mis pasos, vienen y se van con mis pasos. He notado que mis mejores ideas vienen cuando voy caminando.

Para caminar la revista

Todo es un camino y en todos los caminos nos encontramos palabras. Tal vez un páramo de bellas y soleadas palabras y yo voy pisándolas todas. Cada sendero me ofrece una nueva problemática y muchas otras posibilidades. Las letras son pasos y en las páginas impresas puedo ver qué tan sinuoso o qué tan amable es el camino. Elegir un camino supone un acto de libertad. Hacer literatura propone libertad de la palabra. Entonces caminar literatura supone una línea trazada. Voy caminando entre las estaciones y pienso que la línea que antecede a otra y da pie al siguiente instante siempre es movida por vientos nuevos cada número. El cansancio se asoma y el reposo es inminente. Respiro hondo y profundo: con cada exhalación observo que la uniformidad del camino se encuentra recorriendo cada una de sus palabras, de sus pasos, de sus líneas. Me doy cuenta que hacer un poema es subir una montaña.

En la tarde el ocaso fue hermoso. Atrás del Estadio Olímpico las nubes se incendiaban y su difuminado color naranja se corría pintando todo el cielo, toda la inmensa bóveda que es el cielo, hasta los volcanes. Mientras camino el color, la textura y las formas de esta imagen pienso que sólo es necesario un par de buenos zapatos y palabras para caminar. ✍

De José María Heredia a Octavio Paz...
fascinantes voces que hacen eco de nuestras
culturas ancestrales.

UN PASADO VISIBLE...

ANTOLOGÍA DE POEMAS SOBRE VESTIGIOS DEL MÉXICO ANTIGUO

- Compilación de Gustavo Jiménez.
- Fotografía de Javier Hinojosa.



ARTES
DE MEXICO

Córdoba 69, Col. Roma,
06700, México, D.F.
Teléfonos: 5525 5905
5525 4036
Fax: 5525 5925

artedemexico@artedemexico.com
www.artedemexico.com